



El dulce vicio de escribir

José Martí. La Habana, 1853 – 1895. Poeta, escritor y abogado. Apóstol de la independencia de su país, símbolo de la lucha cubana y uno de los mayores promotores de la unión latinoamericana. Se expatrió a Nueva York donde fundó el Partido Revolucionario Cubano (1892). Desde allí escribió una carta a su hermana que reproducimos a continuación.



Nueva York, 1880

Mi hermana Amelia.

Tengo delante de mí, como una joya rara y de luz blanda y puro tu cariñosa carta. Ahí está tu alma serena, sin mancha y sin loca impaciencia. Ahí está tu espíritu tierno, que rebosa de ti como las primeras flores de mayo. Por eso quiero yo que te guardes de vientos violentos y traidores, que andan por la tierra en busca de la esencia de las flores. Toda la felicidad de la vida, Amelia, está en no confundir el ansia de amor que se siente a tus años con ese amor soberano, hondo y dominador que no florece en el alma sino después del largo examen, detenidísimo conocimiento, y fiel y prolongada compañía de la criatura en quien el amor ha de ponerse. Empiezan las relaciones de amor en nuestra tierra por donde debieran terminar: Una mujer de alma severa e inteligencia justa debe distinguir entre el placer íntimo y vivo y ese otro amor definitivo y grandioso, que no puede nacer sino de la seguridad de que el espíritu al que el nuestro se une tiene derecho a esta consagración tierna y valerosa que ha de durar toda la vida. Mira que soy un excelente médico de almas, y te juro, por la cabecita de mi hijo, que eso que te digo es un código de ventura, y que quien olvide mi código no será venturoso. He visto mucho en lo hondo de los demás, y mucho en lo hondo de mí mismo.

Aprovecha mis lecciones. ¿Tú ves un árbol? ¿Tú ves cuánto tarda en colgar la naranja dorada de la rama gruesa? El amor, como el árbol, ha de pasar de semilla a arbollito, a flor, y a fruto.

Cuéntame, Amelia mía, cuánto pase en tu alma. Y ayúdate de mí para ser venturosa, que yo no puede ser feliz, pero sé la manera de hacer felices a los otros. Escríbeme sin reparos ni miedos, que yo no soy tu censor; ni tu examinador, sino tu hermano. Nadie te ha dado nunca mejor abrazo que éste que te mando. ¡Que no tarde el tuyo!

Tu hermano, José